



Revista Emma, No. 21,
enero-febrero. Deuche, p. 63
(2008)



Beatriz García Moreno*

Lugares de Simone de Beauvoir: el goce en el afuera

* Arquitecta, Ph. D. Integrante del Grupo Mujer y Sociedad. Asociada a la Nueva Escuela Lacaniana de Bogotá. Profesora Especial Universidad Nacional de Colombia. Profesora Cátedra Pontificia Universidad Javeriana.

Me encontré por primera vez con Simone de Beauvoir en los años setenta cuando me iniciaba en las lecturas sobre el feminismo. En ese momento, tuve una primera información relacionada con su vida en pareja con Sartre y su decisión de vivir cada uno en un espacio propio, decisión que me gustó, que me dio la sensación de libertad. Quizás porque me enteré de ello en aquella época, cuando se ponía en cuestionamiento el matrimonio, la familia patriarcal y la pareja tradicional, me pareció interesante e incluso un modelo a seguir, pues para muchos de mis compañeros y compañeras que en ese entonces rondábamos los veinte años y nos iniciábamos tanto en la vida matrimonial como en las experiencias laborales, la convivencia con la pareja era difícil, y al parecer el convenio establecido de vivir cada uno en su casa podía ser una salida para liberarse de los momentos en que la presencia del otro bajo el mismo techo, se vuelve insoportable. En ese momento mi acercamiento a esa propuesta de vida no pasaba de ser un horizonte en la lejanía, una puerta que aún no había traspasado para mirar con cuidado lo que la decisión de esta pareja llevaba implícito.

¿Cómo viven? ¿A qué habían renunciado? ¿En dónde escriben?

Motivada en un principio por continuar con los estudios sobre espacio y familia, que había iniciado hacía algunos años desde la arquitectura, centrados principalmente en la búsqueda de los lugares que las mujeres ocupaban y apropiaban, tuve la oportunidad de leer el libro de Hazle Rowley “Sartre – Beauvoir, historia de una pareja”.¹ El enfoque que, en un comienzo, estuvo apoyado en la antropología me permitió reconocer espacios ligados a modos de vida; posteriormente, de nuevo teniendo como base la arquitectura, encontré apoyo en el psicoanálisis, pues la pregunta había girado hacia la comprensión de la relación entre la estructura psíquica del sujeto y el espacio. Con el encuentro de este libro, esta pareja volvía a atravesarse en mi camino y fue así que decidí orientar su lectura hacia el reconocimiento de los lugares que habitaban y las maneras como se los apropiaban. Me preguntaba qué implicaba la decisión de no tener un espacio común, partiendo de la idea de que tener un espacio común parecía ser un propósito de la gran generalidad de las parejas. Esta inquietud coincidió con la propuesta del Grupo Mujer y Sociedad de celebrar los cien años del nacimiento de Simone de Beauvoir, que me estimuló en la búsqueda y me centró la pregunta hacia la identificación de los lugares de esta mujer a partir de su vida en pareja con Sartre, pues era en esa relación donde parecían localizarse sus mayores particularidades y mis principales intereses. Era hora de traspasar el umbral reconocido en los años setenta.

Con preguntas tales como ¿dónde vive Simone de Beauvoir? ¿Dónde trabaja? ¿Qué lugares frecuenta? inicié la búsqueda de respuestas y lo

¹ Rowley, Hazley, *Sartre y Beauvoir, La historia de una pareja*, Editorial Random House Mondadori, Barcelona, 2006.

primero que aparecía era que Simone de Beauvoir fue una mujer que habitó predominantemente en el afuera. Cuando hablo del afuera me refiero a lugares constituidos en espacios anónimos y abiertos. Muchos de ellos merecen el adjetivo de públicos, y otros se ofrecen a quien quiera y pueda usarlos. Son espacios de todos y de nadie, vacíos con ciertas indicaciones para ser llenados por tiempos claramente contingentes, por la presencia de uno o de otro y por los objetos que los acompañan. Son espacios de significaciones cambiables, que cada quien puede hacer suyos, como sucedió con esta mujer. Quedaba también claro en este acercamiento que los lugares que habitó Simone de Beauvoir eran parte constitutiva de su subjetividad e iban más allá de su relación de pareja con Sartre. Esa relación con el afuera que parecía dominar su manera de habitar podía encontrar explicaciones fragmentarias por diferentes vías: La primera, sigue la formulación inicial y se centra en reconocer algunos rasgos de la modalidad de vida de pareja que tuvieron ella y Sartre; la segunda, se basa en algunas de sus vivencias de infancia y juventud que pone de presente algunas pistas para pensar su relación con el adentro y con el afuera; y la tercera está ligada al papel que jugó el saber en la orientación de su deseo. A continuación presentaré algunas notas sobre estas tres posibles entradas a algunos de los lugares del afuera de Simone de Beauvoir.

Los lugares de Simone de Beauvoir se pueden encontrar en muchos de sus escritos ligados a sus actividades políticas, sociales o a su vida cotidiana. Para esta ocasión, luego de revisar diferentes textos, decidí tomar como citas para acompañar mi reflexión algunas líneas de las cartas que esta mujer escribió a su amante norteamericano Nelson Algren, quien fue como ella lo dice “su gran amor” y con quien sostuvo una relación epistolar de más de quince años (1947 – 1964)². Esas cartas

2 De Beauvoir, Simone, *Cartas a Nelson Algren, un amor transatlántico (1947-1964)*, Editorial Lumen, Barcelona, 1999.

las tomé porque están llenas de la intimidad que creó el encuentro de sus cuerpos, que hizo que su modo de tratarse incluyera los espacios de sus afectos, los que les sirvieron para dicho encuentro, para hacer el amor; espacios que fueron testigos de la escritura de sus cartas, pues ellas ponen de presente ese aspecto corporal-material que la caracterizaba pero que ha quedado opacado muchas veces, detrás de su pensamiento. Nelson Algren fue un gran amor de Simone de Beauvoir. Para recordar como era su manera de tratarse se puede recordar lo que le escribe Simone de Beauvoir luego de su primera separación, cuando ya se habían encontrado en Chicago y habían entablado una relación. El 17 de mayo de 1947 le escribe:

*“Cuando vuelvas a nuestra casita, allí estaré escondida debajo de la cama y en todas partes.”*³

Más adelante presa del dolor de la separación, le dice:

*“Esperaba que la belleza de París me ayudase a superar la tristeza, pero no fue así. Primero, París hoy no está hermoso. Hace un día gris y nublado; es domingo, las calles están desiertas; todo parece mortecino, oscuro, yerto. Tal vez mi corazón esté yerto, insensible a la belleza de París. Mi corazón aún está en New York, en la esquina de Broadway donde nos despedimos. Está en mi casita de Chicago, en mi cálido hogar, muy cerca de tu amoroso corazón.”*⁴

Luego de esta pausa en un adentro que le proporcionaba la relación con Algren, pasemos a mirar sus lugares del afuera:

Habitar el afuera como consecuencia del pacto con Sartre

Sartre y Beauvoir de acuerdo con la narración de Hazle Rowley, se miraron (ubicaron, reconocieron) por primera vez en 1929 en la biblioteca

3 Ibid., pág. 15.

4 Ibid., pág. 16.

de la Sorbona, un lugar que frecuentaban permanentemente como estudiantes de filosofía, un lugar público, lleno de libros, de posibilidad de saciar el deseo de saber. Ese lugar lo visitó muchas veces en su vida, al igual que otras bibliotecas públicas, como la Nacional, pues como dice en sus testimonios, siente este espacio de la biblioteca lo sentía como propio, quizás el estar allí le recordaba las horas pasadas en el despacho de su padre, huyendo del aburrimiento, o leyendo libros prohibidos.

En carta a Algren, del 2 de enero de 1948 dice:

“Me agrada la idea de ir a las bibliotecas públicas, a leer, a estudiar, a pensar en todas las cosas que aprendo.”⁵

Luego, Sartre y Simone de Beauvoir se encontraron en los corredores de la Sorbona, y finalmente su presentación oficial se hizo en la habitación de estudiante universitario de Sartre, alrededor de la preparación de los exámenes para la agregación de filosofía. Desde ese primer encuentro universitario construyeron su destino, se hicieron cómplices de una causa en torno a un saber, a una utopía de mundo y a un compromiso personal relacionado con su vocación de ser escritores y famosos, como ambos lo relatan en sus escritos. De la habitación de estudiante de Sartre salieron con su proyecto a tomarse París, sus bulevares, sus Campos Eliseos, su Jardín de Luxemburgo, sus calles, sus paseos por el Sena, incluso el campo, donde Beauvoir disfrutaba de los paseos al aire libre. La ciudad fue de ellos: conversaron en los cafés, se refugiaron en habitaciones de hotel, asistieron a sus teatros, pero nunca hubo una casa para ellos como pareja, una casa que legitimara esa relación.

La relación Sartre – Beauvoir se inició cuando ella tenía veintidos años e incluyó, durante los

primeros diez años, la vida sexual. Esta se dio en pequeñas habitaciones de arriendo o en hoteles que frecuentaban, ligadas con su vida universitaria, bien como estudiantes o como profesores. Allí descansaba la intimidad del encuentro de sus cuerpos.

El 8 de agosto de 1948 le cuenta a Algren:

“Muy pronto Sartre y yo comenzamos a interesarnos mucho el uno por el otro, yo tenía 22 años y él 25. Con gran entusiasmo le di mi vida y mi ser. El fue mi primer amante; antes ni siquiera me habían besado. Pasamos mucho tiempo juntos, ya te he dicho cuánto me importa, aunque lo nuestro fue más una honda amistad, una fraternidad absoluta, que un amor: en lo sexual no fue gran cosa, sobre todo porque a él no le interesaba demasiado la vida sexual.”⁶

La vida sexual compartida se debilitó, desapareció y se localizó en otros, hombres y mujeres que se convertían en sus amantes por algún tiempo, más largo, menos largo, algunos de cuyos nombres hacen parte de aquellos que llegaron a considerar como su familia, y que eran acogidos en sus dormitorios particulares. En su compromiso admitieron espacios para saciar los deseos que se desprendían de sus propios cuerpos, con otros. Podría decirse que se constituyeron como una especie de pareja extensa, que necesitaba del apoyo de los otros para poder continuar. Su relación se sostenía en manifestaciones de palabras llenas de afecto, de cariño, inteligentes y cómplices, que daban fe de su compromiso inicial; se apoyaba en la cercanía de la presencia del otro que acudía a cualquier llamado y que muchas veces habitaba en el cuarto del lado. Cada uno manifestaba ser el más importante para el otro, y las relaciones con sus amantes pasaban a ser relaciones contingentes. Un ejemplo fue el caso de Simone de Beauvoir cuando suspende uno de sus encuentros con Nelson Algren que había sido planeado con anterioridad y gran entusiasmo, por atender

5 Ibid., pág. 155.

6 Ibid., pág. 240.

un llamado de Sartre. Podían salir con otros pero debían contarse lo que pasaba con ese otro. Requerían de cuerpos de otros y otras y quizás esas relaciones satélites les permitían mantener su propio aliento, aunque esto fuera desgarrador al menos para Beauvoir a quien en varias ocasiones se le vio llorar, y expresarse al respecto. Su relación a partir de los cuarenta años se desarrolló principalmente en torno al pensamiento, a los comentarios entre amigos, a los comentarios sobre los amigos, a la militancia en torno a un proyecto político, a ideales sociales, a compartir tiempo de vacaciones en diferentes ciudades entre las que figuró en primer lugar Roma, pero donde también estuvieron Venecia, Madrid, Estocolmo, Berlín, Moscú, La Habana, Brasil, entre otros lugares del mundo.

Como se dijo, hubo un proyecto de ambos, un compromiso entre los dos que los llevó a sostener una relación que giró en torno a compartir un bien preciado, un horizonte común, que no era de orden material, sino del orden de las ideas. Este proyecto orientó sus vidas y sostuvo su relación. Se situaba como un ideal que alumbraba el camino, pero que requería de los dos para conservar su brillo. Era un bien que concibieron entre ambos, al que le daban forma a través de sus escritos, pensamientos y acciones; un bien que parecía escapar a la muerte, que podría trascenderlos, y que debían cuidar, no solo a nivel de la producción de pensamiento en la que cada uno servía de referente al otro, sino con una forma de vida y por ende con una forma de habitar. Libertad con responsabilidad era su gran consigna, y ello debía sostenerse a cualquier costo, aunque ello significara por ejemplo, no tener casa. Ese proyecto llevaba un goce, les permitía realizar su sueño de infancia, ser famosos, reconocidos, estar expuestos a la mirada del mundo.

Su aceptación de tener una pareja con Sartre, sin casarse, sin vivir juntos, de conservar cada cual

una habitación propia, de no tener hijos, fue una elección que implicó rupturas profundas en el papel que se le asignaba a una mujer en medio de una sociedad moderna construida en torno al matrimonio, a la familia, a la división de roles en el campo laboral de lo masculino y femenino, e incluso, una ruptura relacionada con los espacios que habitaba. Los ideales de libertad y responsabilidad requerían de disponibilidad para el cambio; exigían llevar un equipaje liviano, que no se entorpeciera con uno u otro afecto.

La casa puede entenderse como espacio privado que indica un límite con lo público, que lleva tras de sí el concepto de la propiedad, y sirve para el almacenamiento de bienes diversos; y también puede verse como el espacio de lo íntimo, donde el cuerpo se manifiesta de diferentes maneras; es un espacio fundante en la constitución del sujeto, y de su habitar en el mundo.

En relación con el primero, se puede decir que en la cultura de la modernidad occidental del siglo XX, la casa es parte fundacional de la vida de la pareja, la cual considera como uno de sus fines e incluso de sus logros, el compartir un espacio, el tener una casa de ambos. Esto es propio de nuestra modernidad, en la que podemos situar a Simone de Beauvoir. La casa se ofrece como el lugar de la materialización de un hogar que acoge y representa la institución familiar. Tener casa hace parte del pacto de convivencia o del contrato matrimonial en el que se comparten cuerpos, hijos y bienes. Las parejas que han prometido amarse quieren casa para reproducirse en sus hijos, refugiarse uno en el otro, dar espacio al deseo y al goce de sus cuerpos. “El que se casa quiere casa”, dice un dicho popular. La casa es lugar de amor y desamor, de transmisión de costumbres y de afectos. La casa es un lugar donde se echan raíces y es también un lugar de referencia para el viaje.

Como consecuencia del pacto establecido entre Simone de Beauvoir y Sartre alrededor de su compromiso con las ideas y con su lucha por una sociedad más inclusiva, Simone de Beauvoir decidió no tener hijos y renunció a convivir con su hombre de manera permanente. Hizo a un lado el espacio del adentro lleno del trabajo doméstico que implica tener una familia y una casa para que esta viva, para habitar en otros lugares. Simone de Beauvoir fue tan radical en su compromiso que renunció por mucho tiempo a tener un lugar permanente, no solo por las dificultades para adquirir vivienda en Francia, sino porque lo consideraba un obstáculo para llevar adelante su proyecto de vida con Sartre. Esto contrasta con muchas otras mujeres de la época que extendían su función materna a todos los rincones de la casa; Simone de Beauvoir decidió habitar el afuera. Solamente en 1955, cuando tuvo 47 años, se compró un pequeño estudio de artista, dice Hazley Rowley, en la Rue Schoelcher, donde vivió por el resto de su vida.⁷

Habitar el afuera como consecuencia de sus experiencias de infancia y adolescencia

Simone de Beauvoir no tuvo una casa de familia propia, sin embargo no podía renunciar a un espacio para su intimidad. Desde la perspectiva de lo íntimo, el espacio se entiende como extensión del cuerpo, como una especie de envoltura que permite estar y ser en el mundo, como algo que al igual que el cuerpo tiene una materialidad que se desmorona, que puede ser leído como un explayamiento de significantes encadenados que hablan del sujeto y lo representan; como una manifestación de su goce. El espacio hace parte de los sueños, de las fantasías, de los recuerdos, de los afectos, de los imaginarios que dan sentido a la vida y de los temores que lo niegan.

⁷ Hazley Rowley, *ibid.*, pág. 352.

En los años de infancia entramos en el mundo mediante una experiencia que implica el encuentro entre nuestro propio cuerpo y lo establecido en los campos de lo simbólico y lo imaginario. Pasamos de habitar el espacio interno del vientre de la madre a habitar su superficie. La primera habitación se confunde con el cuerpo de la madre, con sus dimensiones, texturas, calores y colores; luego adquiere la dimensión de cuna y más tarde se extiende a la alcoba, a las demás estancias de esa primera morada, a los espacios del padre, a lo que nos trae del afuera. Pasamos de arrastrarnos por el suelo en espacios de casa llenos de cuerpo y deseo de madre y de protección, a erguirnos sobre los pies y dirigir la mirada en otras direcciones en búsqueda de autonomías de la mano de ideales que se convierten en motor para salir al afuera, para descubrir e inventar caminos.

Desde ese primer espacio-casa, que nos da entrada en el mundo, se sale, pero lo aprendido allí se lleva como equipaje para construir y habitar los espacios que se suceden a través de la vida. Parecería ser que durante la vida adulta, ese primer lugar fuera la guía para armar el nuevo, ya no para llegar al mundo, sino para estar en él y prepararse para dejarlo. Repetición, volver sobre lo aprendido, volver a repetir la historia conocida, recrear las huellas. Esa casa, extensión del cuerpo de la madre en el afuera, protege y atrapa, posibilita e impide. Ese espacio indica caminos de identidad en el sentido de modo de vida, de valores y relaciones entre las personas, entre las cosas, esto es, entre significantes. La primera casa es un espacio de la intimidad que siempre acompaña al sujeto y lo contrae o explaya de acuerdo con sus posibilidades.

Simone de Beauvoir cuenta que en sus primeros años de infancia tuvieron una vida holgada, pero que más tarde, a partir de sus catorce años, luego de la Primera Guerra Mundial, las cosas se com-

plicaron porque su padre perdió el trabajo y les tocó vivir de manera estrecha.

En carta del 27 de noviembre de 1947 le cuenta a Algren:

“Cuando era niña, mis padres eran pobres y carecían de credibilidad en la sociedad mezquina y pequeño burguesa en que vivíamos. Nuestro piso era muy triste, casi sucio, yo lo aborrecía. Dormía (vivía) con mi hermana en una habitación pequeña y barata, muy incómoda: a duras penas cabían las dos camas. Cuando nos levantábamos no había sitio en donde estar, así que teníamos que pasarnos el día en el despacho de mi padre, en donde se reunía todo el mundo; en invierno, era el único sitio donde había una chimenea encendida. Detestaba a la gente que allí se reunía, no me gustaba leer ni estudiar en un sitio tan sombrío. Solo disfrutaba allí por las tardes, cuando no había nadie en casa. Entonces me sentaba en el sillón de cuero y leía libros prohibidos, obras de Musset y de Victor Hugo, y me sentía como una reina. En cambio, al volver por las noches, al subir la sucia escalera para pasar la noche entera en aquella casa desabrida, con mis padres discutiendo a todas horas, sin intimidad y sin paz, la aborrecía. Quizás sea esa la razón por la cual soy tan mala ama de casa; todo lo relativo al hogar y a la vida del ama de casa, como era mi madre, me daba un miedo mortal. Después cuando aprobé mis exámenes y me hice profesora, decidí vivir en hoteles, y ese es un gusto que no he perdido. Ahora estoy un poco harta de malos hoteles, pero no pienso hacer el esfuerzo de cambiar, porque la vivienda es un gran problema en toda Francia. En fin, como nunca he tenido casa propia, me gustan mucho las casas de los demás.”⁸

Parecería que este rechazo al ambiente doméstico de su casa de adolescente se extendiera a su vida adulta y fuera otro de los factores a tener en cuenta en la escogencia de lugares, y entre ellos están los hoteles.

El hotel

Las pequeñas habitaciones de pensiones, de hoteles, fueron lugares de intimidad de Simone de Beauvoir: de Montparnasse, de Rochefoucault, el Mistral con cocina, de la rue Danmark, en Poirier, el Aubusson en la rue Dauphine, la Luisiane en la rue de la Seine, en la Bucherie. Su itinerario por esos pequeños lugares lo inició a los 21 años, cuando comenzó sus estudios superiores, y así continuó hasta que tuvo cuarenta y siete años, luego de que conoció a Algren y se ganó un dinero por la publicación de *El Segundo Sexo*. En este momento decidió comprarse un “estudio de artista” en palabras de Hazle Rowley, en la Rue Schoelcher. Otras habitaciones arrendadas en pensiones y hoteles también se encontraron en diferentes ciudades que visitó por trabajo o por vacaciones. Aparecen habitaciones en Marsella, en Rouen y, claro, en París que fue su centro. La mayor parte de su vida, aunque ya poseía ese pequeño estudio, estuvo en lugares de paso, esto es en lugares con la mayor disponibilidad para volver a arrancar. Algunas veces las compartió con sus amantes: Sartre, Bost, Algren, Lanzman, Olga, Sylvie, pero eran su lugar de intimidad. Ellos le permitían conservar su propia habitación, sin entrar en la dimensión de lo doméstico que como le confesaba a Algren lo relacionaba con su madre y le daba un “miedo mortal.”

La liviandad gobernó su morada. El modelo universitario y su extensión en la bohemia, primó. La habitación de estudiante y luego en la vida adulta, la habitación de hotel. Siempre andar a la búsqueda. En el hotel no hay que preocuparse por los oficios domésticos, hay alguien que los realiza; las labores de la casa están cubiertas por otros. El hotel se puede dejar cuando se quiera, el hotel implica que no hay mayores pertenencias más allá de la ropa y los libros. Ella alquila una habitación y Sartre otra. Raras veces la comparten.

8 De Beauvoir, Simone, *ibid.*, págs. 127-128.

Pero no siempre sus cuartos fueron cómodos, el 27 de octubre de 1947 escribe a Nelson Algren:

*“Mi propia habitación rosa tan solo sirve ahora para dormir con un montón de mantas apiladas sobre la cama; trabajar allí es imposible. Por suerte en el Deux Magots se está bien.”*⁹

Las pausas en habitaciones en el campo

Desde niña pasaba algunos meses del año en el campo en la casa de su abuelo paterno. Allí aprendió a reconocer ese espacio abierto, dispuesto para ser escalado, recorrido, habitado, como suyo. Esos espacios también parecen haberla lanzado al afuera. En sus cartas y memorias, hay pausas en el campo. Allí duerme en hoteles, posadas, o en carpas.

El 22 de diciembre de 1947 le cuenta a Algren:

*“Todos los veranos pasábamos dos o tres meses en la casa de mi abuelo paterno.”*¹⁰

Algunos de esos espacios le recordaban una grata intimidad. El 2 de diciembre de 1947 por ejemplo, cuando se encontraba pasando una temporada fuera de París en el campo, dice:

“Esta pequeña habitación es tan apacible como aquella en que, en mi infancia, sentada ante una mesa pequeña escribía cuentos para mis muñecas.” (p. 131).

Incluso, en alguna ocasión, llegó a pensar que podría vivir en el campo y desde allí ir a París. Ella le dice a Algren:

*“Creo que pasaré un mes viviendo de esta forma, viniendo del campo a París, una o dos veces por semana...”*¹¹

*“Es sábado por la tarde, voy a volver al campo, llueve y sopla el viento con fuerza, me gusta.”*¹²

El 25 de noviembre de 1947, le escribe:

*“Mi Nelson, he aquí la recompensa de los trabajos y las penas: el aislamiento de la casa de campo, las rosas blancas sobre la mesa, un montón de buenos libros junto a mí y todo un mes por delante sin otra cosa que hacer que leer y escribir.”*¹³

Todos estos lugares estuvieron atravesados por las estaciones de tren. De allí partían y a ellos regresaban. En algún momento dice:

*“La estación de tren volvía a ser centro de sus vidas”*¹⁴, pero el centro fue París.

Habitar el afuera estuvo ligado a su deseo de saber

Su deseo de saber y el goce que le producía se manifestaron no solo en su amor por la lectura y el pensamiento, sino en su posición política y en el proyecto que fue configurando desde el existencialismo, que incluyó la construcción de sí misma como sujeto pensante a la vez que abría camino para los movimientos de mujeres y las búsquedas de su liberación.

La decisión de entregarse a las causas del saber, de la política de liberación, la convirtió en un manifiesto en vivo, que implicó una elección: adoptar el espacio de un afuera como lugar de acción. Esa elección le caía bien. Allí podría poner a circular su deseo de saber que la acompañó desde niña por el resto de su vida, como posibilidad de identidad y de refugio, que se relacionaba con su infancia. Cuando salió de su casa a habitar en el afuera, se apropió de espacios institucionales relacionados con la transmisión del saber: las bibliotecas, las universidades, los liceos; luego, va a adoptar como propios otros que no son lugares de nadie en particular, que puede usar cualquier ciudadano común y corriente, y otros que ella

9 Ibid., pág.101.

10 Ibid., pág. 148.

11 Ibid., pág. 29.

12 Ibid., pág. 33.

13 Ibid., pág. 124.

14 Ibid., pág. 85.

configura con Sartre y sus amigos, a través de su proyecto como es la oficina de Los tiempos modernos, donde pasó largos ratos trabajando y discutiendo.

Simone de Beauvoir adoptó como lugar de pensamiento y de acción el espacio de un mundo que parecía desplomarse -de hecho se desplomaba-, en el que era necesario dar cabida a otro sostenido, no en los avances de la tecnología y el progreso, sino en un nuevo humanismo que partiera del sujeto y su existencia. Era un momento cuando las ideas de la fenomenología se convertían en acción, en ideario político. Ese sujeto entregado a su existencia, no podía apartarse de la multitud, ni de lo que pasaba en las calles de la gran ciudad. Era allí en medio de ese ambiente que ella se situaba. Era ese un afuera donde circulaban las ideas de una izquierda que quería replantearse. Una izquierda que para los años cincuenta, se replanteaba las formas de acción, buscaba recuperar al sujeto y se inventaba proyectos para otras maneras de vivir.

El centro de sus afectos y actividades fue París. Vale la pena recordar que el París de Beauvoir, es el de antes de la guerra, el de entre-guerras (1929), el de guerra (1939-1945) y el de post-guerra (1945-1986); el París atravesado como el resto del mundo por la guerra fría que exigía definición política y búsqueda de nuevos caminos. Ella muere en 1986 y aún no ha caído el Muro de Berlín.

El 17 de octubre de 1947 le escribe a Algren:

“Te voy a contar como llevo, día a día, una auténtica vida de afortunada: me levanto entre las 8 y las 9, llego al café Les Deux Magots media hora después y tomo un café con pastelillos, y me paso la mañana entera escribiendo mi libro después de haber leído los periódicos. A menudo desayuno con una muchacha rusa o con una judía que son amigas mías, o bien

con otras amistades o con mi madre. Luego me reúno con Sartre y charlamos, o bien estamos con otras personas (tenemos reuniones para hablar de la radio o de política), y al final del día trabajo dos o tres horas más en casa de la anciana señora; luego pasamos juntos la velada, solos o con algunas gratas amistades, y a medianoche estoy durmiendo. De este modo el libro avanza a buen paso.”¹⁵

Los cafés

Les Deux Magots, Le Café de Flore, La Coupole, Le Port Royal, Les Trois Mousquetaires, Le Dôme, Le Select entre otros cafés de París, de las ciudades que visitó sola, con Sartre o con otros, se suceden en sus escritos y son su referencia. Los cafés eran espacios anónimos que convertía en sus lugares conocidos, que los distingue por su nombre, y fueron centro de su actividad de escritora y de sus encuentros con sus amigos. Simone de Beauvoir escribió muchas obras, tuvo una vida intelectual intensa, ese era su trabajo además de dar clase. No tenía un lugar fijo para escribir; podía hacerlo en la habitación, en la biblioteca, pero fueron los cafés el que prefirió con más frecuencia. Los cafés eran sitios donde cualquiera tenía posibilidad de entrar. Eran sitios de encuentro, de palabra, de intercambio de ideas. Le daban la posibilidad de estar expuesta para ser vista y también la de ver el espectáculo de la calle. En el café había horas para trabajar, horas para conversar y tiempo para mirar el espectáculo de la calle. Allí había una mesa para ella y su escritura, y había una mesa para compartir con sus amigos. El café era un sitio típico de la cultura francesa desde el siglo diecinueve. Se generalizó, cuando con la revolución industrial aparecieron las multitudes y con ellas la posibilidad de perderse en ellas y deambular y hacer una pausa en medio del recorrido, y quizás de ser alguien en medio de ellas. Podría decirse que Beauvoir

¹⁵ Ibid., pág. 93.

sobrevivió en los espacios anónimos de la ciudad; es más, desde ellos construyó su particularidad y de esa manera los hizo sus lugares.

Sobre su trabajo en uno de los cafés de París y la manera como era reconocida por diferentes personas, le escribe a Algren:

“¡Ah, sí! Cuando me pongo a trabajar en Les Deux Magots, veo a un anciano o a un joven que se me acercan de un modo un tanto misterioso y prometededor, y siempre me proponen un manuscrito que acaban de terminar, o alguna idea atractiva para Les Temps Modernes; a veces incluso se trata de poesía, y siempre se les ve muy seguros de sí mismos, convencidos de entregarme algo realmente precioso. A veces es difícil mostrarse descortés, pero a lo largo de dos años he aprendido a serlo. Trabajando todas las mañanas en Les Deux Magots, mucho más divertido es la cantidad de minucias que acontecen a mi alrededor.”¹⁶

El 30 de septiembre de 1947 se refería al café como un lugar de pausa, mientras le contaba de su visita con Sartre a uno de ellos... Dice:

“París está maravilloso. Estuvimos sentados en la terraza de un café, en el bulevar Montparnasse, y hablamos de Hegel, al cual estamos estudiando juntos. Es un filósofo muy difícil. Trabajé todo el día muy a gusto, eso es lo único que me consuela. Fui a la oficina de Les Temps Modernes a leer la correspondencia y a contestarla, y estuve escribiendo mi libro.”¹⁷

Las calles de París

Al no aceptar una casa para llevar la vida privada de la familia, su cotidianidad se desarrollaba en gran parte en los espacios de la calle. Paseaba de un lado para otro exponiéndose como el resto de la multitud, a ser vista. Desde su proclama de libertad consideraba que podía entrar en cualquier lugar e inauguraba en muchos casos la entrada a sitios donde antes no podían entrar las mujeres. Pero su habitar en la calle no era el de la prostituta

que la habita para el comercio de su cuerpo, ni la de la miserable que no tiene dinero y acaba tirada en la calle. Ella iba a la calle como sitio de su proyecto de vida, de su militancia, allí estaba de la mano de un hombre del que se hizo cómplice, que como ella habitaba la multitud con la intención de establecer interlocución con ella, de cambiarla, de alimentarse de lo que le ofrecía. Estar en las calles, pasearse por ellas, parecía ser parte de su manifiesto. Era una manera de ser en el espacio de lo público que había conquistado. Los alrededores de Saint Germain des Près, Montmartre, los Campos Elíseos, los Jardines de Luxemburgo y Montparnasse guardan sus huellas.

París fue su casa; en repetidas ocasiones empieza su correspondencia con una referencia a esta ciudad.

23 de noviembre de 1947

“Sartre y yo atravesamos París para observar la evolución de los acontecimientos, escribir los reportajes sobre lo que entonces estaba ocurriendo y se los llevamos a Camus, con una placentera sensación de peligro en las calles, donde de vez en cuando silbaban los disparos. Y cuando entraron en París los soldados norteamericanos, ¡qué fiesta hubo en aquellos despachos!”¹⁸

Y el 25 de noviembre del mismo año, le cuenta:

“A las seis me fui con Sartre al elegantísimo Hotel Ritz y nos tomamos un martini en el bar, como hace la gente elegante.”¹⁹

Simone de Beauvoir decidió habitar la calle, adoptarla como su lugar. En ella se encontraba con sus amigos, hacía sus fiestas en bares, comía en los restaurantes. Ella podía habitar en el afuera y en ese afuera encontraba su aliento, su motivo de vida, su posibilidad de exhibir su ideal, su posibilidad de expansión. Su cuerpo se expandía

¹⁶ Ibid., p. 113.

¹⁷ Ibid., pág. 79.

¹⁸ Ibid., pág. 125.

¹⁹ Ibid., pág. 125.

en los sitios que frecuentaba y hacia propios por el tiempo que los habitaba. Los marcó. Parecería que era en ese afuera donde encontraba su vuelo, su manera de desplegarse.

Los escritores del siglo XIX se detuvieron en la calle y su multitud: Baudelaire vio mujeres en la calle, prostitutas que vendían sus cuerpos, viejas abandonadas que no tenían casa y mendigaban, vio al flaneur que se paseaba observando todo lo que en ella pasaba, sin poder desprender su mirada; Poe encontró al hombre de la multitud que se movía frenéticamente entre la multitud, a través de un convaliente que los observaba desde un café; Dickens vió una niña que vendía fósforos y murió por falta de alimento en una fría

noche. Benjamin, desde el siglo veinte, volvió a mirar esa multitud y trató de seguir los cuadros descritos por Baudelaire, Poe, Hugo y Hoffman. Hoy nosotras encontramos a Simone de Beauvoir abriendo un espacio para la palabra de las mujeres en la calle. Ella prefirió estar y hablar en medio de esa multitud que se paseaba por las calles. Fue en esas calles donde confrontó su historia con la de muchas mujeres que allí encontró, y las convirtió en motivo de sus escritos y de sus luchas que giraban en torno a la condición de su exclusión del espacio de lo público. Desde esa especie de ágoras donde se debatía sobre todo, vislumbraba la posibilidad de otro mundo. En el afuera encontró un lugar de libertad.